

Capítulo VI

*Que trata de cómo nuestro sagaz héroe y su fiel ayudante
Bartolo Andorga prepararon una nueva salida en comandita*

BARTOLO ENTRÓ EN EL DORMITORIO de Frank a primera hora de la mañana con los periódicos debajo del brazo. Frank no se apercibió, concentrado como estaba en la lectura de *La fisiología del gusto*, de Jean-Anthelme Brillat-Savarin, el libro que Carvalho le regaló a Teresa Marsé en *Tatuaje* para que la chica educase su paladar.

Habían pasado dos semanas desde el incidente en el Locura Tropical Ardiente y Frank estaba completamente restablecido.

—¡Buenos días, *hefe*! Aquí le traigo la prensa. Me he agenciado también el *Diario de Sevilla*.

Frank se mostró ceñudo, aunque agradeció en el fondo la interrupción de su educación gastronómica, que se estaba

revelando tan densa y pesada como un potaje con todos sus avíos en pleno mes de agosto.

—¿Hay algo interesante?

—Lo de siempre. *Musho* mangante con *musha* jeta.

—Vamos a leer al alimón. Cuatro ojos ven más que dos.

—¿Qué buscamos concretamente, *hefe*?

—¡Coño, Bartolo! ¡Noticias sobre actividades ilegales que podamos investigar! Coge tú el *Diario de Sevilla* y yo el *ABC*. A ver si encontramos material para trabajar.

—Para eso está la policía, ¿no?

Frank miró a su ayudante como un profesor sorprendido por la inocencia incorregible de su pupilo.

—Vamos a ver, Bartolo, vamos a ver: ¿cuántas noticias salen en la prensa y en la televisión sobre casos de corrupción y fraudes?

—Una *jartá* —cuantificó con la mayor precisión posible el asistente.

—¿Y en cuántos de esos casos al final pillan y condenan a los peces gordos?

Bartolo se tomó unos segundos de reflexión antes de responder:

—Pues la verdad es que así a bote pronto me acuerdo de pocos. El marrón casi siempre nos lo comemos las criaturitas.

Frank sonrió magnánimo.

—Ahí lo tienes. Nosotros ayudaremos a la policía a perseguir a los poderosos. Y ahora a trabajar.

Jefe y ayudante se enfrascaron en la lectura de la prensa. Después de un rato, Bartolo alzó triunfalmente la cabeza.

—¡Ya lo tengo, *hefe!* Escuche esto: «Tres tarjetas de crédito de la Faffe, fundación de la Junta de Andalucía para la formación de parados, fueron utilizadas hasta 43 veces para pagar en puticlubs de Sevilla, Cádiz y Córdoba. Según la Guardia Civil se gastaron 31 969 euros de dinero público entre finales de 2004 y mediados de 2009 en los puticlubs Don Ángel, la Casita y Top Show de Sevilla, además de Bahía Dos en Chiclana (Cádiz), y otros más en Córdoba».

Frank proseguía su lectura en silencio. Bartolo no le dio tregua.

—¿Y esto, no tiene *guasssa* esto?: «La Guardia Civil sospecha que el dinero con el que supuestamente se reembolsó una parte de los gastos que se realizaban con tarjetas oficiales en los prostíbulos procedía, en realidad, de la propia fundación andaluza para formar a parados. Un dinero que se obtendría inflando dietas de comidas y desplazamientos, falsificando facturas (como una de la caseta de la Feria de Abril de UGT) y solicitando anticipos para viajes al extranjero, por ejemplo a Cuba».

Andorga contemplaba expectante a su jefe, que no parecía particularmente impresionado.

—No, Bartolo... Eso ya está siendo juzgado.

El ayudante no pudo ocultar una mueca de decepción. Se sumergió otra vez con determinación en la lectura y no tardó mucho en alzar de nuevo la cabeza con expresión de victoria.

—¡Lo tengo! ¡A esto ya no me va a poder poner ningún pero!: «La Junta transfiere 140 millones de euros a fondo perdido anualmente a Canal Sur».

—Bartolo, está muy bien que seas un activista de la sociedad civil, pero busquemos algo menos político y más claramente delictivo.

—¿Me va a decir que no tiene delito pagar 140 millones de euros para ver a Juan y Medio, a Pepe el Marismeño y a María del Monte?

La débil respuesta de Frank reconocía implícitamente el peso inapelable del argumento de su asistente:

—No es eso, Bartolo, no es eso...

—¡Pues entonces busque usted, *hefe*! ¡Yo me rindo!

Bartolo se refugió en el *Marca* y Frank volvió a la prensa económica.

Media hora después fue el detective quien llamó eufórico la atención de su ayudante sobre una noticia.

—Escucha esto: «Se investiga un gran fraude en la energía eólica. Las autoridades estatales competentes están investigando si varios parques eólicos recientemente instalados

en la provincia de Sevilla, que están ya cobrando primas a la producción, están generando realmente electricidad. Hay sospechas de que esas instalaciones podrían estar cobrando las primas previstas para la electricidad producida con fuentes renovables antes de haber entrado en producción. La entrada en vigor de la nueva normativa estatal el pasado 1 de julio ha supuesto una reducción prácticamente a la mitad de las primas a la energía eólica. Por esa razón algunas empresas habrían supuestamente inscrito y registrado los parques antes del 1 de julio sin estar operativos todavía, con objeto de beneficiarse de las primas antiguas. La investigación intenta aclarar si las empresas presuntamente defraudadoras cuentan con la complicidad (o como mínimo con la connivencia) de la Consejería de Energía de la Junta de Andalucía, competente para el registro de los parques, y de los Ayuntamientos afectados, que conceden las autorizaciones de obra».

Bartolo parecía desencantado. Su jefe, por el contrario, era presa de un estado febril de excitación.

—¡Voy a hacer unas llamadas! ¡Avisa en casa que nos vamos!

—¿Adónde?

—Ya te diré. Tengo que hacer antes unas averiguaciones.

La perspectiva de salir a la calle con destino desconocido a las once de la mañana en pleno mes de agosto hacía sudar anticipadamente al ayudante.

—¿No podemos dejar que pase *la caló* y salir por la tarde?

—¡Imposible! ¡Hay que actuar rápido, antes de que desaparezcan las evidencias!

La única evidencia para Andorga era el riesgo de perecer deshidratados en el ataúd con ruedas que Frank tenía por coche, aunque no se atrevió a poner objeciones viendo el entusiasmo de su jefe.

Mientras caminaba hacia su casa refugiándose en las sombras como en un oasis, el flamante ayudante pensó en los puticlubs de la Faffe, pensó en las playas de arena blanca y aguas turquesas del Caribe, pensó en las mulatas vertiginosas de Cuba y dio un suspiro tan lastimero como la voz quejumbrosa de Bambino cuando cantaba:

*Soy ese vicio de tu piel
Que ya no puedes desprender
Soy lo prohibido.*